

Kóssac

duelo a muerte



**EGOR
JERNOVICH**



Esta vez Kóssac deja la estepa. Ha recibido la petición de ayuda de un querido compañero de la Escuela de Cadetes que está en dificultades, y sale para Moscou acompañado de su hermano Danilo. Allí se encontrará con una trama complicada, en la que una familia está siendo víctima de unos desaprensivos criminales que no se detienen ante nada para alcanzar sus fines.

Principales personajes (por orden de aparición)

ronel Sergio Mijailovich: Era el prototipo de militar ruso; honrado, recto, severo. Fue víctima de una tenebrosa maquinación cuyo fin no podía sospechar.

nde Basilio Gliniski: De la nobleza de San Petersburgo. ¿Por qué tuvo la desgracia de presentar al coronel Sergio el hombre que había de poner fin a su vida?

tap Borodovka: Era valiente y decidido pero fue imposible localizarlo después del intento de asesinato de que fue víctima.

nia Mijailovich: Dulce, enamorada, sufrió intensamente por la muerte de su padre. Pero el mayor dolor le llegó por caminos insospechados.

drei Mijailovich: No fue suficiente que viese morir a su padre. Quien deseaba el desastre de su familia intentó descargar sobre el hijo la culpa de un delito imaginario.

egor Fedorovich: Una simple carta comunicándole una defunción, le hizo sospechar que un peligro desconocido se ocultaba tras aquel hecho tan natural.

nilo Fedorovich: No había visitado jamás Moscou ni San Petersburgo pero volvió a la estepa sin tener la menor idea de las dos mayores ciudades rusas.

Ígenes Lazarich: ¿Cómo se las debió ingeniar el inquieto moscovita para llevar a cabo las investigaciones que Kóssac le encargó?

NOTA: Algunos de los personajes de esta novela han tenido existencia real. El autor ha adaptado su vida y sus hazañas para que no fuese posible su identificación.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA BOFETADA QUE TRAE CONSECUENCIAS

Baile de tarde en el Casino de la Nobleza de Moscú. Los alegres compases de una polca llegan amortiguados hasta el saloncito fumador. Los hombres maduros no gustan demasiado de la música alegre y, en cuanto pueden encontrar una excusa plausible, se reúnen para fumar un cigarrillo y hablar de política. En el espléndido salón de los espejos, la juventud danza. Los jóvenes oficiales, embutidos en brillantes uniformes, giran llevando entre sus brazos los frágiles cuerpos de las damitas de la mejor sociedad, envueltas en sedas y gasas. Los negros fraques hacen resaltar la blancura de las bruñidas pecheras. Penden del techo enormes arañas de cristal cuyos rayos levantan vivos reflejos de la pedrería que luce profusamente el sexo femenino.

El coronel Sergio Mijailovich se ha tumbado sobre un sillón y ha ofrecido cigarrillos a sus acompañantes.

–Gracias, prefiero un buen puro –rechaza el general Potowski–. Siempre he creído que un cigarrillo no sirve ni para darte sabor de tabaco. Recuerdo una vez en Eupatoria...

–Ya nos explicarás eso otro rato, querido –corta el nervioso Barón Levinski, subsecretario del Ministerio de Justi-

cia—. El inconveniente de hablar con militares es éste: siempre quieren explicar sus hazañas.

—No se trataba de ninguna hazaña —rezonga el obeso Potowski—, sino de una anécdota. Pero es imposible discutir con un letrado.

—Oye, Barón, ¿es cierto que ha dimitido el Ministro de la Guerra? —pregunta el coronel.

—¡Qué absurdo! ¿Por qué iba a dimitir?

—Me habían asegurado que el Embajador en Berlín regresaba esta semana de una manera imprevista.

—No hay nada cierto en esos rumores. La paz no puede ser más completa en Europa. El escarmiento de la guerra franco-prusiana no está tan lejos para que olvidemos sus consecuencias.

—El Imperio Alemán crece como fuego en un zarzal. Bismarck es un hombre capaz de...

—Es indudable que el establecimiento de un imperio poderoso al lado del Austro-húngaro es siempre un peligro para Rusia, pero, de momento, los ejércitos del Zar descansan.

—Mejor es que descansen —terció Potowski—, así estarán menos fatigados cuando llegue el momento.

Los cortinajes medio recogidos permitían divisar una porción del salón de fiestas. Las parejas habían terminado de bailar y paseaban lentamente alrededor de la sala. El saloncito era reducido pero confortable. Los tres amigos fumaban en silencio. Desde los días ya lejanos en que fueron camaradas en la Escuela Politécnica, no habían dejado de relacionarse.

El general Potowski, el más anciano de todos, había ascendido rápidamente a consecuencia de la guerra de Crimea. El coronel Sergio Mijailovich no había tenido tanta suerte. Destinado a una guarnición finesa, no había intervenido en la lucha y sus ascensos habían sido más lentos. El Barón, en cambio, procedente de una aristocrática familia, había alcanzado altos cargos en la Administración Civil

y no podía mostrarse disgustado de su posición social y económica. De los tres, el coronel Sergio era el único que no poseía otros ingresos sino su paga de militar. A pesar de esto, nadie hubiese dudado de su respetable posición y gracias a las dotes de su esposa como administradora, ocupaba dignamente, en la sociedad, el rango que por su cargo le correspondía.

El coronel Sergio; aunque procuraba disimularlo, estaba ligeramente preocupado. Sus compañeros comentaban los últimos chismes políticos con volubilidad.

En aquel momento, entraron dos nuevos personajes. Uno de ellos era alto, elegante, bien plantado y mejor vestido: el conde Basilio Gliniski, un aristócrata desocupado muy conocido entre la buena sociedad de Moscú. El otro, un joven corpulento, de poderosas muñecas y cuello de toro, era desconocido para los tres fumadores.

—¡Qué sorpresa —exclamó el conde— creíamos encontrar el saloncito desocupado y vemos que no somos solos en huir de la música!

—Buenas tardes, conde —saludó Levinski estrechándole la mano—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias. Coronel Mijailovich, tengo un gran placer en verle. Hace mucho tiempo que no frecuenta el Casino. ¿Ocupaciones del servicio?

—Acaso —contestó lacónico.

—Perdonen. Me permito presentarles mi amigo Ostap Borodovka de Kiev. El general Potowski, el consejero Leviniski y el coronel Mijailovich. El señor Borodovka tiene extensas propiedades al norte de Kiev y ha venido a Moscú para distraerse un poco.

—No faltan distracciones, según me parece —Ostap Borodovka hablaba pausadamente y su voz era grave y pastosa—. No conocía Moscú y, con franqueza, señores, tenía gana de perder unos miles de rublos en esta ciudad.

—Las damitas de Moscú tienen fama en toda Rusia —contestó maquiavélico el consejero—. ¿Son mejores que

las de Kiev?

–Ni mejores ni peores. A mí me parecen iguales todas ellas.

Había encendido un cigarro puro y lanzó al aire unas bocanadas de humo. Ostap tenía un aire provocativo que no encajaba bien en el distinguido ambiente de la sala. El conde se levantó precipitadamente y murmuró antes de salir de la estancia:

–¡Dios mío! ¿Dónde tendré la cabeza? Me olvidaba de algo importantísimo. Estoy con ustedes al momento.

Los tres amigos se sintieron ligeramente embarazados al quedarse solos con el recién presentado. Este siguió fumando tranquilamente. Su charla lenta y voluble continuaba en el mismo tono despectivo.

–Hablando de mujeres, ¿no son de mi opinión también? La mejor de ellas vale menos que el más miserable *mujik*. Actualmente la mujer intenta tomarse una serie de libertades que la hundan más y más.

–Para nosotros –contestó Potowski–, una dama siempre nos merecerá toda clase de respetos.

–Lo cual no nos impedirá, al apreciar su belleza, pensar que un beso suyo siempre será bien recibido –añadió Leviniski.

–¿Qué opinas, Sergio? –preguntó Potowski–. Tú puedes decirnos algo interesante. El consejero es un viejo zorro solterón. Yo soy un casado sin hijos. Tú tienes esposa, hija y un muchacho.

–Por eso creo que la mujer es un don de Dios.

–Perdone, Coronel –aclaró Ostap–. Yo también lo creo así. Un don de Dios como el aire, el agua o el sol. Es decir, un don de Dios del que podemos usar sin límite.

–Esas opiniones cínicas deben ser propias de la juventud de Kiev –cortó incisivo Mijailovich–, pero la tradición rusa no habla así.

–No hablo en nombre de la tradición sino de la experiencia. He tenido la suerte o la desgracia de tener dema-

siado dinero. Puedo afirmar que no se me ha acercado nadie que no viniese con el fin de aligerarme la bolsa. No hago excepción de las mujeres.

–Creo, señor Borodovka, que en su vida se habrá encontrado con alguna mujer honrada, inasequible, para la cual el dinero no tuviese valor alguno.

–No he tenido esta desgracia. Cuanto he querido lo he obtenido.

–Esto es igual que afirmar que todas las mujeres son unas perdidas –el coronel, sin poderse explicar el porqué, se había ido encolerizando a medida que la estúpida discusión se prolongaba.

–Nuestro amigo –comentó el consejero– se siente herido y se lanza a la palestra dispuesto a romper una lanza por el bello sexo.

–Señal que lo conoce –continuó Ostap–. En el fondo debe opinar como yo.

–De ninguna manera. Defiendo las mujeres honradas. Eso es todo

–Yo me limito a insistir en que no existen. Y lo voy a probar.

Ostap Borodovka se hallaba sentado de cara a la sala de fiestas. Se había levantado. En aquel momento cruzaba, frente al grupo, una pareja danzando. Ella era muchacha blanca, delicada, envuelta en un traje de raso blanco. Parecía una flor entre los brazos de un joven oficial.

–Pongamos por caso esa muchacha –dijo Ostap–. Apuesto la cantidad que ustedes fijen a que antes de un mes será mía.

Las palabras cínicas del ucraniano tuvieron la virtud de crear un silencio absoluto. El coronel, pálido de ira, se había levantado. Sus ojos despedían llamas. Se colocó frente a Ostap y descargó sobre su mejilla una terrible bofetada. Los compañeros del militar no tuvieron tiempo de contenerle. Ostap Borodovka no se había movido una pulgada.

Su rostro permanecía impasible y frío. Se limitó a sacar una cartulina del bolsillo y alargarla al coronel.

En aquel momento entraba en el saloncito el Conde Glinski.

–Señores, ¿qué ha sucedido?

–Señor Borodovka –intervino el general–. Esto no puede terminar en forma violenta. Les ruego, caballeros, que reflexionen.

–No hay nada que reflexionar. El coronel es quien debía reflexionar antes.

–Cien veces que tuviese que suceder tal cosa, lo repetiría exactamente igual.

–Si no es posible, señores, no es posible que por unas palabras que usted, caballero, juzgará un poco fuertes –intentaba otra vez el general– por esas palabras que, sin duda, retirará...

–No he de retirar nada, caballeros. Espero designarán mis padrinos.

–Ostap, ¿te vas a batir con el coronel Mijailovich? –preguntó el conde.

–Tú lo has dicho –contestó y salió de la habitación.

El conde Glinski estaba desolado.

–Por Dios, caballeros, es preciso arreglar ese asunto. ¡Quién podía imaginar que una vulgar conversación entre personas bien educadas había de terminar de tal forma! Coronel, le ruego no lo permita: yo soy quien se batirá en su nombre.

–¿Está usted loco?

–No estoy loco. Yo le presenté a Ostap. Nunca debía de haberlo hecho. Es un cínico, un impetuoso y un mujeriego. Lo conocí hace muchos años en Kiev. No es que seamos grandes amigos, pero su padre lo era del mío. Yo quiero reparar esta injusticia.

–Le agradezco infinito, conde, sus buenas intenciones. No esperaba tanto de usted. A decir verdad, ni lo espera-

ba ni lo deseaba. Existe cierto asunto que nos separa.

–¿A qué se refiere, coronel?

–No es este momento de discutirlo. Cuando haya terminado con su amigo tendremos ocasión de hablar de él.

–Insisto en que me deje batir en su nombre. No quiero ofenderle, pero recuerde que se llevan una diferencia de edad de veinte años y Ostap es un espadachín formidable.

–Conde, me ofende su insistencia.

El aludido no replicó. La orquesta había terminado. Los invitados se agrupaban para despedirse.

–Caballeros –dijo el coronel refiriéndose al general y al consejero–, espero tendrán la bondad de apadrinarme.

–Cumpliremos con este penoso deber.

–Mañana les espero a las once en mi casa. Conde Glin-ski, a sus órdenes.

El coronel Sergio abandonó el fumador. En la sala de baile le aguardaba su esposa y sus hijos. El muchacho era un apuesto oficial de caballería. La muchacha, blanca, fina, delicada, era la damita a la que, de un modo tan cínico y brutal, se había referido Ostap Borodovka.

CAPÍTULO II

DUELO A MUERTE

–**S**ergio, ¿qué te pasa? Te encuentro preocupado. La esposa del coronel, durante la comida, captó la inquietud de su esposo.

–No me pasa nada; problemas del regimiento.

–Desde que volvimos del baile del Casino, papá no es el mismo de antes –comentó Dunia, su hija.

–Estabas con el consejero Levinski, ¿no es verdad? A lo mejor te dio alguna noticia desagradable. ¿No es mejor confiar en nosotros?

–Os ruego me dejéis –se había levantado y antes de salir del comedor añadió–: Si fuese algo realmente inquietante, os lo diría. Se trata de una simple reunión que tengo para mañana y necesito prepararme: eso es todo. Tomaré café en el Casino. No me esperéis hasta tarde.

El coronel Sergio Mijailovich sentía pesar sobre su corazón, como una losa de plomo, una inquietud. Aquella mañana habían acudido sus dos padrinos. Al verlos entrar comprendió que las condiciones del duelo debían ser graves.

–Sergio –anunció Potowski–, este hombre es un asesino.

–No vamos a conseguir nada discutiendo y acalorándonos. Tomemos asiento y hablaremos mejor –propuso el

consejero—. Esta mañana hemos recibido la visita de sus padrinos.

—Uno de ellos supongo sería el Conde Glinski.

—De ningún modo. El conde nos ha visitado para decirnos que no solamente había rehusado apadrinarlo, sino que, después de una escena violentísima, había roto totalmente con Borodovka. Ha insistido nuevamente en batirse en tu lugar.

—Basta, no quiero oír hablar más de esa proposición estúpida.

—A pesar de todo, creo que deberías aceptarla.

—¡Levinski! ¿Por quién me has tomado?

—Como tú quieras, Sergio. Por mí no se volverá a hablar más del asunto.

—Este Borodovka, según parece, es un espadachín terrible.

—Esto ya me lo dijiste ayer. Condiciones del duelo.

—No pueden ser peores. Sus padrinos sostienen que él es el ofendido. Puede elegir condiciones.

—¿Y cuáles son éstas?

—A sable y a muerte.

—Nosotros les hemos hecho notar que, entre caballeros, era más noble el florete, y que nunca, por causas tan nimias, se fijaba «a muerte». Creo que «a primera sangre» era suficiente. —Potowski estaba consternado y añadió—: En principio, y en nombre tuyo las he rechazado.

—¿Por qué?

—Compréndelo, Sergio; no estás ya para sostener un duelo a sable y a muerte. Este hombre intenta asesinarte casi legalmente.

—No lo conseguirá. Él es un civil, yo soy un militar. Procuraré terminar pronto. ¿Qué duración tendrán los asaltos?

—No habrá asaltos. Empezar y continuar hasta que caiga uno de los dos.

El coronel no añadió palabra, pero comprendió que Ostap Borodovka deseaba matarle. Lo que no acababa de comprender era el motivo.

–Entrevistaos con los padrinos de este caballero y aceptad las condiciones. Fijad hora y lugar.

–Pero Sergio...

–He dicho que aceptéis.

Por la tarde, en lugar de ir al Casino, se dirigió a su regimiento. Los trámites previos a la celebración del asalto, se habían mantenido cuidadosamente secretos. En aquellos tiempos, el duelo estaba ya prohibido, aunque no era muy difícil batirse si los dos contendientes tomaban ciertas precauciones. El coronel Sergio no pensó ni por un momento en rehusar. Comprendía que las condiciones de su adversario eran durísimas, y que todas las probabilidades estaban en contra suya. Le repugnaba batirse, pero su formación militar le impedía rechazar un duelo.

Se encerró en la sala de gimnasia del cuartel y tomó un sable después de haberse quedado en mangas de camisa.

Al cabo de una media hora de ejercitarse se encontró bañado en sudor. Le dolía terriblemente el antebrazo derecho y el sable parecía de plomo en sus manos. Comprendió que ya no tenía la fuerza y agilidad propias de un muchacho. Se dirigió a los lavabos, y mientras se enjugaba el rostro se contempló al espejo: ya no era un joven, ni mucho menos. Los sesenta y dos años habían trazado profundos surcos en su rostro.

El coronel Sergio Mijailovich no había sido nunca un hombre de suerte. Hijo de un noble pobre, tan abundantes en Rusia, había entrado en la Escuela de Oficiales y había cursado la carrera militar. Le habían faltado padrinos para ascender. Destinado a un batallón destacado en Finlandia, había permanecido allí años y años mientras sus compañeros de promoción, entre los cuales se hallaba el

general Potowski, tomaban parte en las campañas y para ellos eran los mejores cargos.

Se sentía amargado. Por fin, a su vejez, había logrado un destino en un regimiento de guarnición en Moscú. Su hijo acababa de salir de la Academia de Caballería e iba a ser incorporado a un regimiento. Quién sabe si tendría mejor suerte que su padre.

Pero quien más le preocupaba era Dunia, su hija. Demasiado bella para ser la hija de un coronel sin propiedades ni riqueza. A su alrededor pronto zumbarían hombres sin escrúpulos.

–Tengo que vivir, tengo que vivir para defenderla –se dijo.

El aire frío de la noche contribuyó a animarle un poco. Llegó a su casa y, durante la cena, se mostró más jovial que de costumbre.

–Gracias a Dios que te veo alegre otra vez. Me habías asustado –comentó su esposa–. ¿Se ha solucionado ya el problema?

–Mañana; y espero que se arregle tal como deseo.

Aquella noche no se encerró en su despacho como solía hacer, sino que prolongó la sobremesa durante un par de horas. Habló con Dunia, con su esposa, con su hijo, con un cariño extremado. Ellos notaron algo extraño en aquella amabilidad, pero no supieron qué. El coronel parecía querer eternizar aquella charla. Temía que fuese la última.

Antes de dormir estuvo un buen rato arreglando papeles. Ya terminaba, cuando llamaron a la puerta. Era Andrei, su hijo.

–Papá, mañana salimos con unos compañeros.

–¿A dónde vais?

–Un paseo a caballo simplemente. Saldremos de mañana muy temprano. Alex Vidolski conoce un merendero muy bueno a orillas del Moscova y tenemos planeado ir a almorzar allí. Regresaremos al atardecer.

–Que te diviertas, hijo.